

—Beba usted, señorita Germana—dijo.—Es un poco de azahar.

Las pequeñas de la moda y de los trajes, que seguían al patrón con los ojos, se miraban y se sonreían con burla.

—¡Si será coqueta esta Germana!—dijo Cipriana, despechada porque no había visto desde hacía mucho tiempo á su querido Sosthène.—No sólo es el *Capricho* de sus clientes, sino también el del patrón.

—¿Y qué?—contestó la señora Chapius, una mujer muy alta, y con el pelo rojo, pero muy buena muchacha.—¡Si ése es el gusto del señor Perrolet!... ¡También tú quisieras ser su preferida!

—¡Yo!—dijo Cipriana riéndose;—con mi Sosthène tengo bastante.

Josselin hubiera querido hablar á Germana aquella misma noche.

Durante el resto del día se desesperó de su impotencia. Quería una solución, pues no podía vivir con tal incertidumbre.

Esperar el plazo marcado por Germana, era superior á sus fuerzas.

Además, su indiferencia hacia él estaba clara. Cuando una persona como el duque persigue á una muchacha como Germana, el nombre, las riquezas tienen que fascinarla y poder más que la antigua amistad que la muchacha había demostrado á un camarada más pobre que ella. Así pensando se dejaba llevar por las diatribas de los amantes derrotados contra las mujeres.

Germana era como las demás. Caprichosa, ligera y vanidosa; deseaba el lujo, como otra cualquiera.

Una de tantas y nada más; es decir, todas las

debilidades, todos los engaños y todas las crueldades.

La avaricia en carne y hueso.

No la perdonaba ni esta injuria á ella, tan desinteresada, tan ajena á todo cálculo.

¡Cómo le iba á decir todo esto! No tendría más remedio que oírle, cuando estuviera cerca de ella y no pudiera evitar una explicación necesaria y decisiva.

Decisiva, ¡pues no la volvería á ver! Buscaría otra mujer sencilla y buena, á la que pudiera unirse; mejor dicho, viviría solo, pues eran todas iguales y formadas de materia inferior y vil.

Pero no había contado con el señor Perrolet.

El bueno del señor Perrolet no era malicioso, pero estaba escrito que estropeará los proyectos del cajero, como una golondrina cuando tropieza en una tela de araña.

---

## XIX

### DESPOSORIOS

Generalmente, las muchachas que estaban á sus órdenes consagraban al menos una hora desde el toque de campana, para sacudir y guardar en los armarios los sombreros, envolviéndoles entre papel de seda, doblando los vestidos, empaquetando en las cajas lo que tenían que enviar fuera.

Aquella noche el señor Perrolet no dejó su dis-

trito. Si se había alejado, era pensando en volver; sobre todo se había guardado muy bien de alejarse y de ir á pasearse por las calles ó al bosque con su amigo Vicente.

En cuanto acabó de comer, bajó á sus salones, donde había aguijoneado á todo el mundo, dándole prisa á uno, fastidiando á otro, molestando al señor Verduret, primer funcionario del bajalato, apremiando á la señorita Thomas para que diera pronto la salida á aquellos pájaros que tenía en la jaula.

¡Era una vergüenza obligar á las muchachas á velar hasta tan tarde! ¡Había que poner fin á aquellas lentitudes!

— Las mujeres no son máquinas, señor Verduret, sino seres que necesitan descanso.

Se presentaba bajo un nuevo aspecto, humanitario hasta la punta de las uñas, siempre apurando al personal; se extendía en reflexiones muy bien pensadas sobre la barbarie de privar del sueño á los empleados, sobre quien se manda.

Todas estas reflexiones las hacía por Germana, que sin duda estaba enferma.

Pero todos al oírle se apresuraron á poner en orden las salas, y así pudieron ir escapando á este flujo de elocuencia filantrópica.

Josselin vió con desesperación, cuando terminaba su trabajo, que las pensionistas del señor Perrolet hufan como huye una bandada de gorriones que un chico espanta. El grupo de modistas se precipitaba hacia la puerta, é invadía la calle, después de dirigir un saludo al excelente señor Labievre, el favorito de las señoritas, que vigilaba la salida.

El señor Perrolet hubiera podido hacer salir



El grupo de modistas se precipitaba hacia la puerta é invadía la calle.

á su Germana antes que las demás; pero tenía por principio no hacer ninguna excepción, y el señor Perrolet era esclavo de sus principios.

Había despedido á todo el mundo, haciendo un gesto amistoso á su protegida, indicándola que por ella se hacía este favor, poco acostumbrado.

El cajero trató en vano de hacerse comprender de la segunda, dirigiéndola una mirada que significaba claramente:

—Espérame.

La muchacha hizo como que no le había entendido, y desapareció con el grupo.

Necesitaba estar sola.

Lo que le sucedía desde hacía algunas semanas, le trastornaba.

Estaba, en efecto, enferma; pero se encontraba peor de espíritu que de cuerpo: sin embargo, viendo su aire lánguido y su color de convaleciente, era fácil engañarse.

El cielo estaba despejado; las estrellas empezaban á lucir, indicando que la noche se acercaba.

Germana hubiera querido poder vagar una hora bajo los árboles de las Tullerías, pero no se atrevió. Temía encontrarse con el duque. No la inspiraba miedo, pero temía á su propia debilidad.

Hasta entonces, había mandado sobre sus pasiones á su gusto; ahora, sus pasiones la dominaban á ella.

No sabía con precisión lo que quería. Sus amigas trataron de llevársela consigo á cualquier parte para celebrar la generosidad del señor Perrolet. Podrían permitirse todas juntas el lujo de una hora ó dos en coche en el Bosque por una

sola vez, y tomarían además unos *bocks* en la Cascada.

¡La Cascada! ¿Volver á la Cascada? ¡No se atrevería nunca!

—No puedo, tengo que hacer.

¡Tenía que hacer! ¡Era aguarles la fiesta! ¡Se hubieran divertido un rato!

Se negó rotundamente.

Tenía que arreglar su casa, coser un poco.

Entonces se ofrecieron á acompañarla hasta su domicilio, y esto la gustó mucho. Era una guardia que la tranquilizaba.

—Te dejamos en San Roque—dijeron las otras.

La portera la recibió con una deferencia muy marcada, y Germana la pareció ver en ella algo inusitado cuando cogió su llave.

La vieja tenía actitudes misteriosas.

—Vuelve usted muy temprano esta noche—dijo.

Germana no contestó.

—Hay un paquetito sobre su velador. Un señor lo ha traído, él mismo, con su tarjeta.

Insistió sobre la palabra *él mismo*, con malicia.

—No lo he querido dejar aquí, rodando. Desde hace algún tiempo no está muy seguro este barrio.

La muchacha tuvo un presentimiento. ¡Si sería el duque! ¡Siempre él! ¿No la dejaría ni un minuto?

No quiso interrogar á la señora Pellerin. Pero comprendía que estaba sofocada; ardían sus mejillas.

Al llegar á su cuarto encendió una bujía y abrió el estuche.

La sortija era magnífica; brillaba en la penumbra como los ojos de un gato en una caverna.

Germana admiraba los resplandores fosforescentes de aquella piedra melancólica, que parece que vive, y en efecto muere cuando sus resplandores se acaban.

—Es un ópalo—dijo,—una piedra que trae desdichas.

Pero era tan bonita, que se la puso en un dedo de la mano izquierda, lo mismo que se había puesto los solitarios en las orejas.

Luego cerró la puerta con l'ave, y se metió en la cama rendida y como temerosa de que le acometiese una enfermedad grave.

Casi en seguida se durmió, con un sueño pesado y agitado, lleno de fantasmas semejantes á las extrañas figuras que la fantasía de los artistas de la Edad Media tallaba en los pórticos de las catedrales.

Tenía en el dedo la sortija de sus desposorios, traída por el tentador. El anillo le abrasaba como un hierro al rojo blanco. Los resplandores del ópalo se volvieron vidriosos; tenía un reflejo de fuego fatuo, verdoso; parecía que se extinguía como la vida en los ojos de un animal herido de muerte, y que ella misma, sin sacudimientos, bajaba á un abismo sin fondo, la tumba donde iba á dormir el sueño eterno.

Había bastado el capricho de un desocupado para desviar esta alma tierna, llena de sentimientos de honor, de aspiraciones honradas, y remover en ella el fango que existe en el fondo de todo lo humano, hasta en las naturalezas privilegiadas.

No quería sucumbir; resistía con la energía de su pureza inocente; pero sostenía una lucha en la cual no era ella la más fuerte.

Las muchachas rodeadas de la protección de una familia, cobijadas bajo el amor maternal, vigiladas por sus institutrices, distraídas por los placeres y las caricias del hogar, tienen menos trabajo para defenderse.

Germana no tenía á nadie que la protegiese. Tendría que entregarse sin armas á un enemigo elegante, con todos los medios de seducción, bastante rico para comprar la conciencia de los auxiliares útiles, bastante generoso para pagar de buen grado el precio que pusieran por su complicidad con él, y sus traiciones respecto á los demás.

Si hubiera tenido en el corazón un amor verdadero; si hubiera tenido por Josselin un poco de esa pasión exaltada que él tenía por ella, este amor la hubiera preservado. Pero Josselin le daba lástima nada más. Hubiera querido amarle, pero no le amaba. Estimaba al señor Perrolet; tenía por él algo más que estima, afecto, pero respetuoso y filial.

El que la atraía con un poder magnético; el hombre al cual, al acercarse á ella, la dominaba con ese encanto que lleva á las mujeres á los brazos de su vencedor, de su dueño, era Rochebonne.

Sus grandes ojos le forzaban á mirarle; no podía apartar de ellos los suyos. Era como una sujeción á la cual no sabía abstraerse.

Vibraba al verle, como un arpa al soplo del viento, como los hilos telegráficos que cantan por la noche, cuando el huracán los sacude.

Al día siguiente fué al almacén abatida, sin atreverse á levantar los ojos, casi avergonzada, como si hubieran podido leer en el fondo de su alma y comprender el secreto de su malestar.

Cuando iba á comer, en uno de los pasillos sintió que la cogía una mano nerviosa y que la decían al oído:

—Espéreme esta noche, quiero hablarla. Que me espere; ¡lo quiero!

Se volvió y vió á Josselin que se alejaba entre un grupo de camaradas.

Le dirigió una mirada casi suplicante que él no vió.

Dos amigas suyas se unieron á ella, y algunos pasos más lejos oyeron ruido de besos detrás de la puerta del lavabo.

—No es preciso ver para saber quiénes son— dijo Pulcheria;—es la señora Menoit, que parte el postre.

Y dió un golpe en la puerta.

En efecto, era la señora Sosthene con su marido.

—Vamos, un poco de corrección, tú, monina— dijo una de la ropa blanca que, aunque sin pruebas, pasaba por haber tropezado alguna vez...

Cipriana, roja como la cresta de un gallo, se marchó murmurando:

—Las peores son siempre las que se asustan. ¡Vaya con Sofía!

El señor Labievre, que apareció á lo lejos, dió fin á estos síntomas de guerra y dispersó á los batallones contrarios.

El día se pasó sin incidentes para Germana.

Hubo mucha gente.

Sin embargo, era la peor estación para San

Germán y para todos los comercios. Las vacaciones se acercaban y las gentes iban á tonificarse á orilla del mar ó en el campo.

Lo que se vendió en sombreros de formas ex-céntricas, pero que resultan graciosos en las cabezas bonitas, *Fraillasson*, con grupos de *bleuets* y amapolas ó rosas, gorras para baño y adornos de cabeza campestres, es incalculable. Pero también es verdad que harían falta cantidades fabulosas para llenar los cajones de la casa de montones de oro y de billetes de Banco de mil francos.

Cuando llegó la noche, Germana, temiendo las violencias y los reproches de Josselin, salió decidida á negarle la entrevista con que la había amenazado.

Se puso en marcha rápidamente por el lado contrario de donde solía ir.

Por un momento creyó que él había renunciado á atormentarla; pero en la esquina de la calle de la Chaisse, al volver á la de L'Albayeau Mois, el cajero la alcanzó y, pasando su brazo entre el de la modista, la dijo duramente:

—Hablemos, Germana.

---

## XX

### LA NOCHE EN LAS CALLES

GERMANA se resignó. Siguió sin resistencia á su antiguo amigo por sitios desiertos, hacia la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Rennes.